varios grados ó contemplaciones, de que disfrutan las almas de los difuntos, segun su grado de pureza. Observamos las categorías siguientes: el cielo sin nubes, el cielo de la vida feliz, el cielo de las grandes recompensas, el cielo donde no hay reflexion, el cielo sin fatiga, el cielo del término del pensamiento, el cielo donde se ven todos los mundos, el cielo donde todo se manifiesta, en fin, el cielo del Supremo Señor.

Varios teólogos aseguran que, por encima de los cielos que acabamos de enumerar, y que llegan á veintiocho, hay otros todavía, pero eso no es cosa bien probada, dado que nadie ha estado allí.

Tales son, dicen los libros sagrados, los lugares de la felicidad reservada á los séres que han llegado á desprenderse de los lazos de la materia, y á adquirir, por sus buenas obras y por la contemplacion, grados de pureza mas ó ménos elevados.

El budhismo, que admite la igualdad de los hombres ánte Dios, abre á todos, grandes ó pequeños, ricos ó pobres las puertas de la eterna bienaventuranza.

No hagamos sino mencionar el purgatorio, que ofrece poco interés, y vamos al infierno de los budhistas, que se parece mucho al de Dante.

El infierno se subdivide en diez y seis categorías de lugares, de suplicios, ó si se quiere, en diez y seis infiernos, de los cuales ocho son candentes y ocho helados. Ademas, en cada uno de estos infiernos principales, hay diez y seis pequeñas sucursales, en donde los condenados son sometidos gradualmente á los sufrimientos supremos que les están finalmente reservados.

En la primera de las diez y seis sucursales de cada infierno central, se aplica á los condenados el suplicio de la arena.

Un viento inflamado sopla incesantemente sobre una arena muy fina, la calienta horriblemente y la arroja sobre la piel de los pacientes, que gritan.

En el segundo infierno, bolas de hierro huecas y rellenas de excremento ardiendo, estallan por sí mismas como bombas asfixiantes.

¡Pero cuantos mas duros suplicios quedan todavia que sufrir!

En la tercera sucursal, los réprobos son extendidos sobre unas planchas de hierro candente, y allí, adheridos por medio de quinientos clavos que le taladran las manos de parte á parte, los piés y todo el cuerpo.

En la cuarta sucursal, no tienen otro alimento que cobre fundido, que á la verdad no será muy tónico.

En la quinta sucursal, los demonios refrescan á sus huéspedes por medio de pequeñas bolas de hierro enrojecidas al fuego, que les hacen tragar como si fueran píldoras.

En la sexta sucursal, se arroja á los condenados en una caldera de líquido hirviendo.

En la sétima no cambia sino la naturaleza de este líquido.

En la octava, son estrujados sus cuerpos entre grandes piedras, que los reducen á polvo.

En la novena, se les fuerza á bañarse en sangre y en materias purulentas que tragan al respirar.

En la décima, se les calcinan los cuerpos.

En la undécima, un inmenso rio de cenizas corre sobre ellos, causándoles diez mil dolores á la vez.

En las otras sucursales son peor tratados todavía.

Todo eso hace reir de puro insensato.

Hago gracia al lector de los grandes infiernos, á los cuales sirven de preparacion los que acabamos de ver. Allí los ré-

probos se revuelcan los unos contra los otros y se desgarran entre sí. Si mueren de sus heridas, es para resucitar al punto y hacerse amarrar con cadenas candentes por la banda de diablos que los decapitan, les sierran el cuerpo y los amartillan, de tal modo, que hacen fundir y correr la médula de sus huesos.

En los infiernos glaciales, los cuerpos de los condenados se cubren de arrugas y grietas; sus carnes se abren como la flor del nenufar azul: á veces se contraen y toman el color del nenufar rojo, ó bien sus huesos desprovistos de su envoltura, se muestran al desnudo y ofrecen el aspecto de un nenufar blanco.

Los budhistas creen que no es necesario comprender el sentido de las oraciones para que sean agradables á la divinidad, y que lo importante es decir muchas. Aún están persuadidos de que no hay necesidad para agradar á Budha de recitar las oraciones, sino que basta mirar vagamente el papel donde están escritas.

De ahí una invencion muy original por medio de la cual hacen oracion mecánicamente.

Se llama este aparato *rueda de oraciones*.

Compónese de unas cajas cilíndricas de varios ángulos, cuya superficie está cubierta de oraciones escritas en caractéres de oro, y que se hace mover como si fuera un organillo. Cada vuelta de la rueda se cuenta por el penitente á igual de una oracion hablada. Es cuestion de muñeca: el mas agradable á Dios es aquel que mueve por mas tiempo y con mas viveza el manubrio.

Algunos penitentes acomodados tienen *ruedas de oraciones* establecidas en grande escala y movidas por molinos de viento ó de agua. Nada mas cómodo; así se salva uno sin

tomarse siquiera el trabajo de hacer andar la mecánica, y ocupándose miéntras en sus negocios.

Pero creo que para obtener el permiso de servirse de las ruedas de oraciones, es menester pagar á los sacerdotes de Budha una suma de dinero.

Ciertos conventos en el Japon son renombrados por las reliquias que encierran, y atraen un sinnúmero de peregrinos. En estos conventos se venden imágenes de la divinidad, especialmente honrada en el monasterio, las cuales tienen por efecto rescatar los pecados cometidos. Se hace un comercio muy lucrativo de estas santas imágenes budhistas.

La mas preciosa de estas reliquias sin comparacion, es un diente canino del mismo Budha. Merecen ser consignadas las aventuras de este diente excepcional.

Cedido por el rey de Bengala al de Ceylan en cambio de ricos presentes, fué encerrado en un templo edificado expresamente al objeto. El diente sagrado debia sufrir la instabilidad de los dientes humanos. Habiéndose apoderado de la isla los malabares, seiscientos años despues, persiguieron el budhismo y trataron al diente divino al igual del mas despreciable raigon. Pero apénas habia trascurrido un siglo, los malabares fueron expulsados de la isla. Entónces el diente venerado, encontrado milagrosamente, volvió á tomar su puesto de honor en el templo que le estaba consagrado. Los portugueses á su vez se hicieron dueños de él en la última mitad del siglo XVI de nuestra era.

Se ofrecieron á Constantino de Braganza, gefe de los portugueses, sumas considerables para rescatar el diente; nada pudo moverle. Como católico, se indignó Constantino de ver rendir semejante homenaje á un simple canino: hizo llenar un bracero y lo redujo á cenizas públicamente, á vista de

los chíngalos, llenos de indignacion y horror por semejante sacrilegio. Buen necio era el portugués; ¿cómo no habia adivinado que aquel diente era indestructible y que miéntras hubiese un canino cualquiera, no seria sustraido á la adoracion de los fieles? Pero hay gentes que no comprenden nada. Al dia siguiente los mercaderes de Budha volvieron á encontrar el diente en una flor de loto.

Posteriormente los ingleses se han apoderado de él y no han querido cederlo á ningun precio; pero no hay que tener cuidado; por cada diente perdido habrá dos encontrados, y Budha tenia treinta y dos. Esto debe colmar de esperanza á buen número de budhistas.

Una palabra ahora sobre el templo de Koubosi, erigido en la ciudad de Nara, antigua residencia de los emperadores del Japon. Este templo está precedido de tres inmensos pórticos, pasándose de uno á otro por medio de soberbias escaleras. En el primer pórtico hay dos estátuas colosales armadas de mazas. La puerta del templo está guardada por dos leones gigantescos. La estatua de Budha, flanqueada de otras dos estátuas de una altura prodigiosa, ocupa el fondo del templo. Delante están colocadas en anfiteatro, y de talla graduada, otra multitud de estátuas, cuyo número asciende á treinta y tres.

El terreno sobre que está construido este magnífico templo, encierra espléndidos jardines, donde están distribuidas simétricamente pequeñas colinas artificiales cubiertas de las mas bellas flores país. Al lado del templo principal se levantan varias pequeñas capillas y vastos edificios, destinados, ya á la habitacion de los sacerdotes, ya á sus asambleas, ya á guardar preciosas bibliotecas.

Hemos dicho que el símbolo de la cruz se encuentra mez-

clado á la arquitectura religiosa del Japon, y en efecto, muchos templos budhistas son cruciformes, y la cruz aparece estampada en los ornamentos y esculpida sobre las tumbas. Lo que hemos leido acerca de este símbolo, nos parece oscuro, y solamente podemos decir que en todo el Japon se ven cruces de madera á la orilla de los caminos, las cuales sirven de patíbulo á los criminales. Son atados á ellas con cuerdas y expuestos así por algun tiempo, se les da luego muerte, atravesándoles con una lanza.

Despues de todo esto, yó ruego á Budha, que fué un legislador lleno de sabiduría, que me perdone esta escursion humorística á través de su dominio espiritual, y que reciba aquí la expresion de mi profundo respeto por todo lo que en el budhismo, como en todas las demas religiones, se halla relativo á la moral, y que se puede resumir en una sola palabra: Farternidad.

Pasemos al amor en el Japon.